

CULTURA DE PAZ Y EL DÍA A DÍA EN EL AULA:

La Asamblea como Espacio para la Educación Democrática.

Lilia Hernández
MMEM
México

En febrero de 2025, por acuerdo de la dirección de la escuela, me integré como profesora titular a mediados de ciclo escolar, al grupo de educación primaria 4º B, donde se vivía una situación bastante compleja. Estar frente a este grupo significaba un reto para cualquier docente.

Detecté una dinámica de violencia entre estudiantes: burlas, insultos, contacto físico agresivo entre los niños al jugar, palabras obscenas y poca atención al docente que les atendía.

Las madres, padres y/o tutores de cada estudiante acudían con frecuencia a la escuela para manifestar su inconformidad por las afectaciones que habían sufrido sus hijas e hijos debido a los constantes conflictos en el aula.

El profesor en turno manifestó no contar con las herramientas didácticas necesarias para atender la situación. Así comenzó la hazaña de indagar qué sucedía en el aula.

Al interactuar con las y los estudiantes, me percaté de las siguientes situaciones: falta de comunicación, poca gestión de grupo, abandono de los contenidos del grado y desinterés por atender las indicaciones imperativas del docente a cargo.

Intervine con el diagnóstico de grupo; el primer paso fue conocer a las infancias para detectar las situaciones prioritarias a atender: los conflictos arrastrados desde inicio de ciclo escolar y la urgencia de mejorar la convivencia.

Aproveché el tiempo al máximo para integrarme y generar confianza entre estudiantes y docente, con la finalidad de conocer realmente su sentir en el aula. Observé particularmente a niño que consideraban “conflictivo”, todos lo señalaban. Generaba tensión e indisciplina en el aula; su actitud era desafiante y retadora, emitía comentarios que cuestionaban en un tono burlón las actividades propuestas; pero no era el único con tales características, se sumaban unos cuantos más con risitas, cuchicheos o apatía.

Iniciaba las clases de manera diferente, la clase dialogada me permitía compartir con ellas y ellos mis emociones y conocer sus intereses.

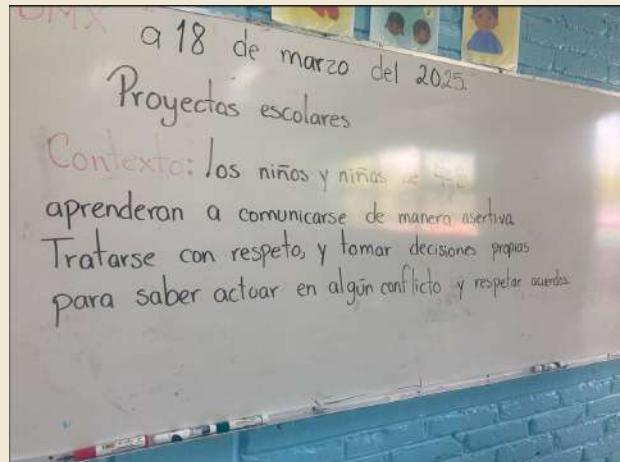
Fue de gran ayuda que las y los estudiantes me reconocieran como una igual; así, la curiosidad se hizo presente a través de preguntas como: ¿Le gustan los video-juegos? ¿Qué música es su favorita? ¿De verdad jugabas futbol maestra?

Poco a poco fueron compartiendo parte de su vida, preferencias, singularidades de su familia, experiencias en común; y así transcurrieron los primeros días.

Utilicé la oralidad para interactuar, pues los niños y las niñas tiene pocas oportunidades para convivir y conversar con su madre, padre o tutor, quienes, en compensación por el abandono, les complacen sus necesidades y caprichos (quiero, dame, cómprame) generando infancias tiranas.

Después de romper la rigidez e indiferencia de las niñas y los niños, continué con la explicación de la forma de trabajo en el aula. El siguiente paso fue realizar un itinerario de las actividades que haríamos durante el día para que todas y todos conociéramos la ruta de trabajo.

Ellos accedieron un poco confusos. Al preguntarles si estaban de acuerdo con la forma de trabajo que planteé, observé cierta cautela, dudaban en contestar; hasta que una niña mencionó que nunca les tomaban en cuenta para esas decisiones.



Creación de un proyecto vivencial.

El tema de convivencia seguía latente, ante cualquier provocación los niños y las niñas reaccionaban de manera violenta (verbal o física), lo que provocaba heridas emocionales en lo individual y al interior del grupo.

La convivencia dificultaba el desarrollo de proyectos que planeábamos realizar. Por ejemplo: al formar equipos rechazaban a algún integrante, no lograban ponerse de acuerdo, discutían sin sentido, o simplemente no sabían qué hacer.

En poco tiempo di otro gran paso: la asamblea escolar. Les comenté la idea de organizar una asamblea escolar, en la que todos y todas expresaríamos, de manera libre, las situaciones que dificultaban la convivencia en el aula; les hice saber que también sería útil para organizar nuestro trabajo con propuestas y acuerdos grupales,



Panel de asamblea

de esta manera lograríamos expresar nuestros pensamientos, ser escuchados y tomar decisiones para la solución de conflictos que se presentaran.

Nuestra primera sesión de asamblea se llevó a cabo con la misma curiosidad de aquella primera clase donde charlamos para conocernos.

Comencé dando los pormenores de la asamblea: elegir una presidenta o un presidente, y a un secretario o secretaria que tomaría nota de los acuerdos de la asamblea.

Di lectura a los comentarios que días antes cada estudiante colocó en nuestro tablón con las aseveraciones propuestas y establecidas en común acuerdo: se felicita, se critica, cosas hechas, queremos.

La primera asamblea duró dos horas y media, el recreo interrumpió la secuencia, pero logramos leer todos los comentarios, considerar los puntos de vista con respeto y tolerancia y hacer acuerdos grupales.

Cuando concluyó la asamblea observé cansancio; sin embargo, se sentía un ambiente reflexivo porque el mayor logro de esta reunión fue la introspección que cada quien hizo respecto a sus acciones, cuando alguien expresaba su opinión y se relacionaba directamente con una compañera o compañero del grupo, la participación era mesurada y respetuosa.

Yo fui criticada por Gael, quien escribió: "Me lastimé el dedo, pero la maestra no me hizo caso". Cuando leí este comentario me di cuenta que la confianza es un aliciente

fundamental en la convivencia; si hay confianza, respeto y escucha, las y los estudiantes expresan su palabra con la convicción de cambiar el rumbo del aula: escucharse, tomar en cuenta las opiniones, visibilizar injusticias en la escuela y develar que la obediencia sin cuestionar limita la toma de conciencia y el trabajo creativo y colectivo.

Las asambleas continuaron cada viernes y ayudaron a mediar los conflictos en el grupo, sin dejar por ello de existir.

La violencia que convulsiona a la sociedad tiene un impacto directo en las familias de nuestros estudiantes; el papel de ésta es fundamental en la formación de ciudadanos y ciudadanas que saben escuchar, dialogar y llegar a acuerdos.

Aunque el escenario social es desalentador ante las guerras nacionales e internacionales; al interior de las familias cabe la posibilidad de mostrarles, a los niños y a las niñas, formas alternativas de organización y regulación que promuevan el trato digno, la cooperación y el trabajo por un bien colectivo.

Practicar desde temprana edad la democracia y la toma de decisiones colectivas por medio de la asamblea, permite replantearnos las prácticas obsoletas que no rinden fruto ante las exigencias del nuevo milenio, ante la necesidad de pensar otro mundo posible: justo y en paz.



Trabajo cooperativo